

Los ojos de Sara

Son sus ojos, sus ojos, el motivo de mi decisión, aunque todo empezó por su sonrisa. Digo sonrisa a falta de mejor palabra. Al inicio ella le abrió las puertas a Ava Gardner. Aunque, no posee toda esa hermosura y ambigüedad de Ava, no es una -Femme Fatale-, a pesar de sus pretensiones. Pero su sonrisa-

Cuando la vi sonreír por primera vez, recordé aquella escena de -La noche de la iguana-, en la que Ava se baña en la playa con dos machos latinos: uno la besa y abraza, el otro toca dos maracas, media noche, las olas lenta, el murmullo marino es casi inaudible, la luna, grande, redonda, ilumina, o eso parece, el lugar en donde está la santa -Vampirella-.

Al principio su sonrisa rememoraba la escena, después comencé a verme en ella, yo era Richard Burton, un sacerdote que en una crisis de fe encuentra en el rostro de Ava al verdadero Dios, al final los personajes se modificaron y éramos ella y yo, y la luna, grande, redonda, y las olas tiernas, lentas, no hacíamos otra cosa que mirarnos. Ahora cualquier cosa relacionada con Ava me transporta al mundo-Sarita. No, Sarita Montiel no. Pienso en la Sara que cuando cierro los ojos veo frente a mí con su sonrisa submarina, inexplicable Agujero Negro del desenfreno y el ardor, es tan real que creo no haber cerrado los ojos, la veo, la toco, la respiro, la dejo adueñarse de mis entrañas.

Esto es metáfora, como dicen los románticos de verdad, no los cursis: -ella me da su aliento-. Yo me acerco a su rostro, hasta que nuestras frentes chocan, suave, adolescentes, dejo de respirar, ella expira el aire de sus pulmones, todo el aire, y yo lo inspiro. Es como suicidarse cortándose las venas: Uno siente la vida escurrirse, pacífica, poco a poco, y uno se libera del pensamiento, sólo siente, se alivia, toneladas de miserias y mezquindades se desmontan de nuestras espaldas, y entonces uno deja de ser.

He sido, soy, no sé si seguiré siendo, un posmoderno encerrado en las paredes de lo efímero. (Es increíble cómo puede una sonrisa: hace unos meses habría escrito: -Soy un posmoderno liberado por las inmensidades de lo efímero-. Es evidente: lo que simboliza Sara ha llegado a influenciar al escritor, tanto como al personaje). Yo decía: lo que viene se irá, lo que se fue no vendrá y lo que vendrá no se espera. Flotaba y me gustaba flotar, lo único que no era considerado efímero era mi ilusión: Ava Gardner y mis fotos y afiches y videos de ella.

Ahora la incertidumbre me aprisiona, quiero cerrar los ojos para ver la sonrisa de Sara, pero no estoy seguro de querer ver esos ojos, grandes, hermosos, luciferinos. Su sonrisa mató a mi Ava, sus ojos quieren matar a su sonrisa, y me denuncian, denuncian mi estupidez, me muestran como el iluso que soy, pretenden que deje de florar, que me meta de lleno en -el mundo ordinario de las normales acciones humanas-. No quiero pensar en los ojos, quiero un mundo sonrisa, y no puedo cerrar los ojos para reencontrar sus sonrisa por miedo a ver lo otro, no.

Me he visto obligado a arrancar los afiches de Ava, a esconder sus fotos y videos, todo lo de Ava me transporta a la nebulosa-Sara. Al principio fue viceversa. Me acerqué a Sara porque se parecía un poco, sólo un poco, a mi espejismo, a mi ilusión.

Pero un día miraba un video, que yo mismo grabé, en el que están las mejores escenas de Ava, súbito el mundo fue la sonrisa de Sara, todavía no descubría sus ojos, aquello sólo puede ser descrito con una cursi palabra: sublime.

No soporté tal placer, nosotros los solitarios no estamos acostumbrados a sentirlo, me dio miedo y con el control remoto apagué el televisor, el video, pero seguía viendo las escenas de Ava, en las que ya no era Ava sino Sara, fue cuando descubrí que había cerrado los ojos.

Admito que poco me importaba la Sara del mundo ordinario, yo prefería los espejismos, creía que las ilusiones no duelen, como duelen las personas. Por eso me aferro a la idea que me hago de la gente y no a la gente. Sé que soy una persona ridícula, lo sé y no me importa serlo, porque es mi opción, porque ni con mi infinita ridiculez, ni con mis espejismos o mi amada soledad daño a alguien.

Hay personas capaces de sufrir lo indecible por el otro, besan la frente del niño que vende flores viejas, ajadas y desteñidas, como las que obsequié a la Sara del mundo ordinario. Esas mismas personas, son, también, capaces de causar dolores, hondos y profundos, a los ilusos como yo. Una vez fui una persona normal. Opté por los espejismos después del intento de suicidio de Ana, en parte tuve algo de culpa, quizá toda la culpa. Yo no digo que las -personas normales- sean malas, pero son muy apegadas al mundo ordinario, a lo dado, a lo inmediato, no entienden de magia, no se interesan en la alegría por sí misma, están ocupadas buscando soluciones a estúpidos problemas y persiguiendo chucherías. Yo persigo espejismos y sonrisas, y lo repito y me lo repito porque no quiero que los ojos de Sara me cambien.

Su sonrisa pertenece al orden de los espejismos, sus ojos al orden del mundo ordinario. No puedo permitir esa irrupción del mundo ordinario en mis espejismos. Quisiera sus blancos dientes que abren puertas y ventanas jamás sabidas, quisiera vivir un efímero eterno, quisiera esa sonrisa que entierra a Ava, que entierra a Sara -la del mundo ordinario- y sólo existo yo mirando una sonrisa, mirando el Ser, el espíritu de -La Mujer-, hacerse sonrisa. No es como la sonrisa del minino de Cheshire, el va desapareciendo lentamente, hasta que sólo queda su sonrisa, que luego desaparece. Sara y todo no desaparecen, se transforman en su sonrisa.

Su sonrisa es Alicia, sus ojos son el conejito blanco. A mí me aterra el conejito. (Trate de entender el personaje, trate, amigo o amiga que valientemente ha llegado hasta aquí, trate, le digo, de imaginar a un conejo que va de aquí para allá, mirando la hora, preocupado por el paso del tiempo, con prisa por llegar, aunque no sepa adónde, ni a hacer qué, que no disfruta del País de Alicia). No, lo mío es lo efímero, o era, no sé. De todas maneras he tomado la decisión de no ver más la sonrisa de Sara, no por ella, sino por lo otro, por esos ojazos luciferinos. Quemaré todo lo relacionado con Ava. Y como cada vez que cierro los ojos veo su sonrisa, con estas tijeras, parado, desnudo frente a este espejo, mirándome de cuerpo entero, voy a cortarme los párpados. Y voy a construir otra ilusión, pero esta vez, nada tendrá que ver con el mundo ordinario de las gentes normales.

RAMÓN TEJADA HOLGUÍN (1961). San Francisco de Macorís, República Dominicana. Además de títulos sobre sociología y política caribeña, ha publicado El recurso de la cámara lenta (1997) y, junto a René Rodríguez Soriano Probablemente es virgen, todavía (1993), Y así llegaste tú•(1994), y Blasfemia angelical (1995)